

EN TORNO A ORTEGA: EL LUGAR DE LAS CIENCIAS

Carlos Castro Cubells ha sido quien más y mejor me ha introducido en la lectura deliciosa de Ortega y Gasset, realizada primero por suelto, luego, hace casi diez años, de manera más continuada, ahora de forma casi sistemática. Fue él, perteneciente a una generación de conformados por Ortega (si no en sus ideas mejores y más personales, sí en el contexto entero de sus creencias, de su ir por la vida, de la burbujeante manera de entender la escritura), quien me hizo oír por las páginas blancas de un libro el jadeo de los perros en busca de caza, hasta el punto de que en lugar de letras aparecían en la blancura del leer y en la delicia del decir hocicos jugosos, orejas puntiagudas, pelajes sudorosos; por la habitación se dejaba oír esta sonora frase cargada de leves ruidos: «aves vagas reman lentas hacia algún tranquilo menester». Fue él quien me enseñó que Ortega, cuando debía comenzar a escribir, se adentraba en la lectura del padre Sigüenza, y así comprendí que debía adentrarme yo en las páginas de nuestro filósofo para aprender a escribir de manera larga, reposada, vibrante, sonora, regocijada, lejana, astuta, cargada de saber ocultado, entrometida, volando y revolando en grandes círculos de águila, con la caída vertiginosa y precisa del halcón. Qué mejor alabanza en los veinte años de una amistad que la de tenerle como introductor del humanismo filosófico en el estar del científico bilbaino cargado de ciencia y de pesadez.

Fue Ortega un filósofo que quiso pensar nuestro tiempo¹ que rara vez buscó otra cosa, por más vueltas y revueltas, escapadas y paréntesis infinitos que inundan su escritura por doquier. Esa es desde siempre y por siempre su gran ocupación, su preocupación primera. Por ella es grande nuestro centenario filósofo, por ella también se quedó en exigua pequeñez, quizás. Pues seguramente a ella se debe que este filósofo, de una sugestividad apabullante en multitud de sus páginas, luego no siga la pista de sus ideas hasta lograr cazarlas al final, sino que vaya perdiéndolas en mor de otras nuevas, como una mariposa en encandilado día de junio. De ahí que dé una impresión ambigua: todo lo sabe y a la vez nada sabe, todo lo dice y en el fondo quizá nada dice.

Páginas como el artículo «Ensimismamiento y alteración» o algunos capítulos de sus libros póstumos —¿por qué póstumos?— *Qué es filosofía* o *La idea de principio en Leibniz*² deberían ser de lectura obligada para todo estudiante de filosofía en una Facultad española o, mejor aún, para todo el que quiera

1 A Ortega le place sobre todo una *cabeza clara*, pero no clara con claridad científica, es decir, sobre cosas abstractas (que son siempre claras por tanto), sino que lo que busca es una cabeza clara capaz de orientarse en aquello que es intrincado y confuso por esencia: «la realidad vital concreta, que es siempre única»; los que la poseen no van por la vida como sonámbulos, sin sospechar siquiera lo que les ocurre, atrincherándose tras sus ideas para defenderse de su vida, sino que, habiendo comprendido su trágica situación de naufrago, buscarán ordenar el caos de su vida: «El que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad» (*Obras completas*, IV, 254). Tal es el talante de nuestro filósofo cuando quiere pensar nuestro tiempo.

2 Respectivamente en OC, V, 295-315 (1939); VII, 275-438 (1929); VIII, 61-356 (1947).